

te siglo apareció en Zacatecas un hombre extraordinario que estableció trabajos colosales en las minas de Proaño.

Pero esta época, que ha sido la más bonancible de Fresnillo y la más floreciente del Estado de Zacatecas, merced al genio esclarecido de un grande hombre, merece capítulo aparte.

FUNDACION DE SOMBRERETE.

Si Dios me presta vida y salud (que sí me las prestará por la buena intención con que escribo) para seguir enhilando farfulladamente estos artículos, confío en que he de dejar confirmada con ellos, entre otras cosas buenas, la excelencia de la industria minera, no sólo para la fundación rápida de poblaciones importantes, como decía mi amigo el agricultor de antaño, sino para conservarlas, engrandecerlas é ilustrarlas. En comprobación de este aserto bastará recordar la prisa que se daban los conquistadores en fundar los Asientos de Minas; de los cuales Tasco, fundado por el Marqués del Valle, se ha venido desarrollando y engrandeciendo con el transcurso de los siglos, y subsiste hoy en pie y victorioso, no á expensas de la agricultura, que por allí vale poca cosa, sino por su propia virtud y fortaleza como centro minero de importancia.

Acaso se dirá que si, generalmente hablando, los españoles daban la preferencia á los Minerales para la fundación de los pueblos, esto se debió á la desmesurada codicia de los conquistadores, que sólo buscaban la ocasión de enriquecerse violentamente. Verdad es ésta bien comprobada, que viene como de molde para confirmar mi tesis, porque los mexicanos, y tengo para mí que sucede lo mismo con todos los hijos de Adán, vengán de donde vinieren, son codiciosos, en la buena acepción de la palabra, supuesto que la utilidad pecuniaria es el móvil principal de todos los negocios, y ningunos

producen más pingües ganancias que los de minas, cuando se emprenden en condiciones favorables.

Y ya que he hablado de los audaces é intrépidos conquistadores bueno será que recuerde uno de los triunfos del Capitán Don Juan de Tolosa, que no por ser puramente pasivo deja de tener grandísima importancia.

Comenzaba á declinar un caluroso día de Otoño del año de 1555, cuando asentaban sus reales en el fondo de una quebrada y cerca de un pequeño manantial, un Jefe español y varios soldados y paisanos suyos, dos frailes franciscanos y gran número de indígenas armados. Encantados los guerreros y frailes con los primores de aquel hechicero paisaje, revestido por la exuberante vegetación de una naturaleza virgen, permanecieron algunos días en aquel sitio, y resolvieron fundar allí una población, lo que hizo el Jefe con todas las solemnidades de rigor, poniéndole por nombre "Real de Sombrerete," á causa del cerro que llamó Sombreretillo, por la semejanza que tiene su figura con la de los sombreros que usaban entonces los españoles. De éstos se quedaron algunos en el Real capitaneando á un centenar de indios auxiliares tlaxcaltecas. Cuando el Capitán Don Juan de Tolosa abandonó la nueva población para seguir su marcha de exploración, sus paisanos se extendieron por las inmediaciones en busca de las vetas de oro y plata que tanto ambicionaban. Encontraron en San Martín de la Noria algunos filones de poca monta, pero de fácil explotación, y se acercaron por ahí atraídos por la esperanza de ganancias fabulosas.

El Real de San Martín iba poco á poco tomando incremento al amparo de las vetas de plomo y plata que explotaban los vecinos: uno de éstos hizo una fechoría y tomando las de Villadiego fué á situarse casualmente en el cerro del Pabellón, donde pernoctó formando una gran hoguera para guardarse del frío intenso de la estación invernal. Por desgracia el aire zumbaba furioso por los intersticios del espeso bosque de árboles seculares y gigantescos de que estaba cubierto el

terreno, y pronto se extendió una inmensa lengua de fuego por la cumbre del cerro, dando apenas tiempo al fugitivo para poner pies en polvorosa. Los sombrereteños veían con espanto aquel incendio formidable, y al día siguiente fueron al sitio del siniestro para contemplar sus estragos. Al remover las cenizas y las rocas calcinadas y fundidas, se quedaron pasmados de asombro al ver algunos granos de plata fundida entre las escorias. Este descubrimiento casual dió origen á la primera bonanza del famoso Mineral que ha merecido encomios del ilustre sabio é inteligente explorador Alejandro de Humboldt.

Cómo esta sencilla versión se ha vulgarizado mucho, se atribuye el mismo origen á varios descubrimientos de Minerales conocidos; y con este motivo he oído hacer objeciones al hecho referido, fundadas en que en un incendio al aire libre no puede existir la temperatura necesaria para reducir el mineral de plata. Los gambusinos contestan esta objeción, de una manera concluyente, por medio de un ensaye burdo que llaman infiernito: reducido á polvo un poco de mineral de plata, se humedece mezclándolo con cierta cantidad de pólvora común, y dando á la pasta la forma de pebete, se pone á secar sobre una vasija de barro; una vez seca se le da fuego por la parte superior y cuando ha concluído la combustión se lava el residuo, resultando después una granalla fina de plata, bastante pura.

Puede aducirse otro argumento incontestable en contra de la objeción apuntada: en algunos incendios ocurridos en casas de comercio se ha extraído de los escombros la caja fuerte convertida por el fuego en una mezcla informe de fierro y plata fundidos.

Poco después del establecimiento del Real del Sombrerete se hallaba la pequeña población en plena prosperidad con los productos de las minas de Pabellón.

Entre los vecinos del nuevo Asiento de Minas se distinguía, por su laboriosidad é inteligencia, como minero y beneficia-

dor, Don Alonso de Llerena, á quien se atribuye por algunos el descubrimiento de la veta de Pabellón, cosa que no afirmaría yo por aquello de la fechoría cometida en San Martín; pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que habiéndose congregado los vecinos del Mineral y los de las estancias de las inmediaciones, en número de setenta (cuarenta casados y treinta solteros), acordaron solicitar de la Real Audiencia de Nueva Galicia que fuese erigido en Villa el Asiento de Minas. A este fin fué á Guadalajara Don Alonso de Llerena con poderes del vecindario, y en Noviembre de 1570 consiguió que fuese elevada al rango de Villa la población de Sombrerete, bajo el nombre de *San Juan Bautista de Llerena*.

A medida que avanzaba el tiempo, menudeaban los descubrimientos, se aumentaba considerablemente la población y se desarrollaban los trabajos de las minas abiertas sobre las vetas de Pabellón y Veta Negra, ambas muy ricas, pues sus frutos contenían el rosicler en abundancia, con rumbos paralelos de N.O. á S.E., y compuestas de tres cuerpos cada una, llamados del alto, del bajo y del centro. Ahora existe una veta transversal llamada La Revuelta de San Lucas, la cual ha producido también frutos bonancibles en varias épocas.

Los mineros de Sombrerete, ricos en demasía, dedicaron sus recursos á favorecer el comercio y desarrollar la agricultura, por medio de obras de irrigación difíciles y excesivamente costosas; de manera que, con tales ejemplos á la vista, no se puede decir que la minería subsiste en ciertos casos á expensas de la agricultura, sino que, por el contrario, se debe sostener que aquella es un auxiliar poderosísimo de ésta, especialmente si se tiene en cuenta que las empresas mineras son consumidoras por excelencia de los productos agrícolas.

Y no se diga que los agricultores sostienen las minas como accionistas, porque esto, en términos generales, es inexacto; pues si algún hacendado tiene bonos de minas será por mero compromiso y porque espera la ocasión propicia para enajenarlos, porque los labradores creen á pies juntillos que era

hombre de seso y experiencia el que inventó el adagio que dice: *de rancharo á minero, majadero*.

En el siglo XVII se desarrollaron de una manera notable los trabajos mineros en Sombrerete; mas por desgracia no han quedado datos exactos que comprueben esta verdad, si se exceptúan los numerosos testimonios de escrituras otorgadas en aquella época por los vendedores de fincas rústicas y urbanas, y por los interesados en las transacciones mineras y comerciales; pues fueron destruidos más tarde los archivos de las Cajas Reales donde constaban los productos de las minas. Esto no obstante, las industrias agrícola y pecuaria prosperaban á ojos vistas, formándose con frecuencia nuevos y extensos predios rústicos en las inmediaciones del famoso Mineral, de los cuales aún se conservan legendarias tradiciones por aquellos puntos, entre otras las que se refieren á la gran Hacienda de Muleros, cuyas estancias han dado origen á más de treinta fincas, más ó menos productivas; pero todas distintas en la actualidad.

La Parroquia, los Conventos de San Francisco y Santo Domingo y otros edificios destinados al culto fueron expensados por los mineros sombrereteños, que todavía llevaron su munificencia y esplendidez en aquellos tiempos hasta favorecer numerosas expediciones de propaganda religiosa, según cuentan las antiguas crónicas conventuales.

Han transcurrido, pues, más de tres siglos desde la fundación del Real de Minas de Sombrerete por el valeroso Capitán Don Juan de Tolosa en 1555; cuyo Real se elevó al rango de Villa en 1570, por la Audiencia de Nueva Galicia; habiendo sido erigida en Ciudad en 1824, por decreto del Congreso del Estado; y sin embargo, aun subsiste en pie el Mineral, sólo por la bondad de sus minas, explotadas ahora por una Compañía Americana, sin auxilio alguno de la agricultura, y cuyas memorias son por término medio de seis á ocho mil pesos semanarios.